

**E**n el contexto neocolonialista, el hombre de acción puede ser un caudillo o un militar, un gangster o un gerente de empresa, un domador de fieras o un agente de publicidad, un deportista o un misionero. En la raíz está siempre la búsqueda de un estilo dinámico. Pero allí empieza y acaba el territorio común, ya que por debajo de esos distintos modos de actividad no fluye una convicción cardinal, una misma corriente ética. El ser humano puede ser empujado a la acción por un afán generoso o por el llamado de su Dios, cuando lo tiene, pero también por una fanática obsesión, una desmedida apetencia de mando, y aun por una crueldad no siempre admitida ante sí mismo. Frente a semejante hombre de acción, el intelectual va adquiriendo cierta vergonzante fama de contemplador pasivo, de ente estático. En nuestra enajenada América Latina, cuando el hombre de acción suspende por un instante sus órdenes o sus estafas, sus cobros o sus invasiones, para mirar a esa permanente molestia que es el intelectual, éste tiene a menudo la sensación de que lo están poniendo entre comillas, y no son precisamente comillas de destaque sino de menosprecio. Es bastante lógico que así sea. Nuestros senadores y coroneles, nuestros diputados y correveidiles, nuestros modernos filibusteros, suelen ser moderadamente incultos y por lo tanto, no es razonable que para ellos la cultura constituya un mérito, o por lo menos, un foco de interés. Muchos de esos hombres de acción son los clásicos exponentes de un crapuloso conformismo frente a las más abyectas exigencias del Imperio; el intelectual, en cambio, es casi por definición un inconforme, un crítico de su medio social, un testigo de implacable memoria. Claro, que si por una parte hay hombres de acción que se especializan en la compra y venta de conciencias, por otra, también hay hombres de pensamiento cuya máxima rebeldía frente a los crueles, frente a los canallas, frente a los injustos, consiste en corregirles las faltas de ortografía.

En el ámbito revolucionario, las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual cambian (o por lo menos deberían cambiar) fundamentalmente. Cuando no se produce esa transformación, ello se debe tal vez a que a uno y a otro les es difícil sobreponerse a la recíproca desconfianza heredada de la situación anterior. (Al decir esto no me refiero tan sólo al hombre de acción y al intelectual que convive en un país que ya ha hecho su revolución, sino también a los que sufren la presión de un medio enajenante y sin embargo, hacen lo posible por provocar en ese contorno una transformación revolucionaria). Por eso creo que tanto el intelectual revolucionario como el hombre de acción revolucionario deben tratar, en primer término, de enfrentarse honestamente a sí mismos, a fin de poder luego enfrentarse con franqueza a su mutua relación, e incluso inaugurar una relación nueva. En esta estricta zona, y en este primer estadio, no hay nada más revolucionario que la sinceridad y el respeto mutuo. Sólo a partir de ese logro, puede pensarse en otras acepciones, extensiones y avances de una relación revolucionaria entre hombres de acción e intelectuales; sólo a partir de ese cimiento se puede iniciar una construcción que no esté permanentemente amenazada por el derrumbe.

Si antes vimos que, dentro del contexto neocolonialista, un hombre de acción sólo tiene de común con otro hombre de acción la agresiva preferencia por un dinámico estilo de vida, en un contexto revolucionario cada hombre de acción comparte con los otros la identidad de un rumbo, la tremenda lucha por instaurar en el mundo la justicia. Tal actitud compartida incluye por supuesto una base ideológica, una ética revolucionaria, una teoría de la revolución. Ahora bien, ¿qué es ese factor aglutinante de los hombres de acción revolucionaria sino un elemento decididamente intelectual? Un gangster maneja una ametralladora; también la maneja el guerrillero. Aparentemente, son dos hombres de acción cometiendo el mismo acto de violencia. ¿Qué es entonces lo que convierte la violencia inhumana del primero en el gesto de profunda humanidad que significa la violencia del segundo? ¿Qué, sino un elemento intelectual? Detrás de la acción del gangster está el culto de la violencia por la violencia, la poderosa atracción del dinero, el momentáneo disfrute de la ley de la selva. Detrás de la acción del guerrillero está la consciente adopción de la violencia para llegar algún día a la paz.

Hay otras diferencias, claro. El hombre de acción involucrado en la madeja capitalista, trata generalmente de que el pueblo piense lo menos posible. Es consciente de que tanto más arduo le será llevar a cabo sus designios, cuanto más se desarrolle en el pueblo la capacidad de discernimiento. El hombre de acción revolucionario sabe, en cambio, que para sus fines, que son los de la revolución, es fundamental que esa capacidad de intelección que antes estaba limitada al esfuerzo

Pasa a la pág. 2

42

JUNIO 1969

LA PAJARRA PINTA

PUBLICACION DE EDITORIAL UNIVERSITARIA - UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

Sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual

O sea que, en el aspecto dinámico de la revolución, el hombre de acción sea una vanguardia para el intelectual, y en el plano del arte, del pensamiento, de la investigación científica, el intelectual sea una vanguardia para el hombre de acción.

aislado, individual, solitario, del intelectual, se convierta cuanto antes en un patrimonio colectivo. El hombre de acción revolucionario debe comprender, por lo tanto, que el aporte intelectual, es indispensable a la revolución. Así como existe un elemento intelectual que aglutina a los hombres de acción revolucionarios, así también hay un elemento de acción que aglutina a los revolucionarios del intelecto. La toma del poder por fuerzas revolucionarias ¿qué es sino una obra maestra de la acción? Pues bien, los intelectuales revolucionarios, aunque sigan las más diversas orientaciones estéticas, aunque usen los más disímiles instrumentos de trabajo, están sin embargo unidos por su calidad de revolucionarios, y esa calidad tiene su raíz en una acción, hayan o no participado en la misma.

Es cierto que a veces una apresurada simplificación del problema puede llevar a muy confusas interpretaciones. Por lo pronto, no todos los intelectuales revolucionarios (empezando por Carlos Marx) terminan en soldados. Ni está prohibido ni es obligatorio. Por otra parte, no creo que sólo los que terminan en soldados tengan derecho a ser llamados intelectuales revolucionarios. Nadie lo ha expresado mejor que Régis Debray: "Militante también es el que en su mismo trabajo intelectual combate ideológicamente al enemigo de clase, el que, en su mismo trabajo como artista, arranca a la clase dominante el privilegio de la belleza" (Carta a Enrique de la Osa, publicada en Bohemia el 22 de julio de 1966). La verdad es que ni la belleza ni el arte tienen la culpa de haber sido durante siglos monopolizados por las capas sociales que tenían fácil acceso a la cultura. Paralelamente con la liberación del suelo y del subsuelo, la revolución tiende a acabar también con los latifundistas de la cultura, a restituir al pueblo su bien ganado derecho de frecuentar la belleza, de ascender al buen gusto, de producir su arte.

De todos modos, cada vez va apareciendo con mayor claridad que el mero hecho de adoptar una actitud militante, comprometida, en América Latina significa un riesgo. Quizás el tipo de riesgo que puede correr un intelectual en cuanto tal, no sea exactamente una acción, pero la verdad es que a veces el riesgo intelectual provoca las mismas consecuencias que un acto subversivo.

A lo largo y a lo ancho del continente, es extensa la nómina de intelectuales presos o torturados, o simplemente despojados de su trabajo, por el solo delito de haber escrito un texto comprometido o de haber adoptado una actitud digna. Aun en el caso de la condena de Régis Debray, pasa a ser virtualmente decisivo su libro ¿Revolución en la revolución? que, después de todo es el trabajo de un intelectual. Como lo expresé en un artículo publicado recientemente en Cuba, el escritor ya no reside en una "ciudad abierta", libre de todo riesgo. No es más pero tampoco es menos que el resto del pueblo; ni privilegio ni menosprecio.

Es evidente que en la figura del Che se conjugan definidos rasgos de hombre de acción y de intelectual. El comandante Guevara es un ejemplo singular; por eso mismo, no debe abarataarse su trayectoria convirtiéndola en gratuito apoyo de viejos o nuevos resentimientos. La vida y la muerte de Che son suficientemente ejemplares como para que su irradiación sea, ahora y siempre, fecunda y no frustánea; como para que su pensamiento, que sigue en pie, lleve al hombre, a todo hombre (incluso al intelectual ¿por qué no?) a sentirse estimulado y no menospreciado en la función que realiza, en el ejercicio de su vocación, en la dignidad de su trabajo. Lo contrario sería volver al hombre viejo, al hombre enajenado, al hombre que teme, o sea precisamente a los antípodas de los que Che buscó lúcida y corajudamente hasta su muerte. La imagen del comandante Guevara es esgrimida a veces contra el intelectual, y eso a mí me parece profundamente injusto. Para la mayoría de nosotros, la muerte de Che fue un mazazo en la nuca. Quizás hayamos madurado en unas horas de angustia, mucho más que en largos años de argumentaciones y reyertas.

Ahora, que ya pasó el primer impacto, es necesario que esa madurez se canalice hacia una actitud más serena, más depurada, más dolorosamente sabia. Creo que la búsqueda de la verdad fue en Che una pasión tan avasallante como la conquista de la justicia. Por eso estimo que el mejor homenaje que nuestra América puede rendirle es seguir conquistando esta justicia, pero también buscando aquella verdad. Sé perfectamente que el riesgo que corre un intelectual latinoamericano al hacer público, por ejemplo, su apoyo a la Revolución Cubana, no es de ningún modo comparable al que corre un guerrillero frente a tropas especialmente adiestradas para suprimir su gestión. Pero admitida esa distancia, nada autoriza a menospreciar aquel otro riesgo. Hay muchos grados de riesgo, muchos grados de peligro, de coraje, de decisión, pero aun el último grado del riesgo es un riesgo, y siempre estará por encima de todas las variantes de la cobardía.

Si uno de los deberes del intelectual revolucionario es no caer en actitudes que luego le provoquen una mala conciencia social, otro no menos importante es no inventarse una mala conciencia y sobre todo no permitir que otros se la inventen. Dejemos la mala conciencia para los intelectuales que (no siempre por dólares; a veces también por la posibilidad de éxito, de confort, de publicidad, de viajes, de evasiones varias) han accedido a servir al imperialismo o por lo menos a ser neutralizados por él, lo que en ambos casos equivale a abdicar su facultad de intelección, a amputarse su vocación de justicia, a suicidarse en cuanto seres sensibles.

Resulta curioso comprobar que la exigencia que algunos hombres de acción reservan para el intelectual, y sobre todo para el escritor o el artista, no la esgriman en cambio, para otros sectores de la ciudadanía. Cuando alguien reclama, y no precisamente en un sentido metafórico, que el escritor revolucionario debe terminar en soldado o de lo contrario dejar de cumplir su función (que en su caso específico es función intelectual), uno no tiene más remedio que preguntarse por qué se plantea esa perentoria disyuntiva sólo al escritor y no al obrero, o al técnico, o al maestro, o al deportista. Esa diferencia de tratamiento puede insensiblemente llevar a la fabricación de una tesis que me parece bastante peligrosa. Por ejemplo: que quienes ejercen otros oficios cumplen una necesaria función dentro del ámbito revolucionario, pero que el escritor o el artista sólo asumen, dentro de ese ámbito, un papel de artículos suntuarios, con funciones erradicables y faenas superfluas. Lo más grave, a mi ver, es que esa tesis no suele ser un relámpago frívola, sin consecuencias, una suerte de débil sarampión de las revoluciones, sino una tenaz, porfiada tendencia (a veces subterránea, pero siempre sectaria) que las amenaza, tanto en su etapa preparatoria como en la de consolidación. Del artista depende en gran parte que esa tendencia lo descalifique, o que él, por el peso de su actitud, la convierta en algo inadmisibles, no sólo para su dignidad sino para la dignidad de la revolución. El escritor que se resigna a ser considerado un vergonzante artículo suntuario, demuestra en última instancia que la acusación tiene, por su caso particular, algo de cierto. Por el contrario, el que se niega a ser considerado un lujo de la revolución; el artista que defiende su derecho a soñar, a crear belleza, a crear fantasía con el mismo encarnizamiento y la misma convicción con que defiende su derecho a comer, a tener un techo, a salvaguardar su salud, ese artista será el único capaz de demostrar que su oficio no es un lujo sino una necesidad, y no sólo para sí mismo sino también para su semejante.

La promisorio paradoja es que los hombres de acción revolucionarios y los intelectuales revolucionarios que de algún modo intentan colaborar en la formación de ese hombre nuevo, de ese hombre del siglo XXI que sabiamente proponía Che; la promisorio paradoja es que esos hombres del siglo XX que en definitiva van a formar al hombre nuevo, no son en sí mismos hombres nuevos. Sin embargo, unos más rápidamente, otros con más lentitud, todos van dando algunos pasos, así sean vacilantes, en el recién conquistado territorio. Nuestra mala conciencia de hombres de acción o de intelectuales, cuando ha existido, ha estado siempre condicionada por el hombre viejo que en nosotros persiste, nunca por el hombre nuevo que trabajosamente se va abriendo camino en nuestra propia espesura. Gracias a ese embrión de hombre nuevo que albergamos, unos podemos hacer cinco, y otros cien; pero todo aporte es válido. A veces, redundar en beneficio del hombre de acción y de su misión heroica y enaltecedora. Cuando el hombre de acción revolucionario desemboca en los actos que constituyen su riesgoso objetivo, es decir, cuando la revolución efectivamente se produce, sus posibilidades serán mayores si, previamente, al estallido, el intelectual (con sus escritos, con sus apariciones públicas, con sus pronunciamientos, con sus enfoques esclarecedores) ha prepa-

Pasa a la pág. 5



## Un Héroe Nacional

Estoy en una posición estúpida. Vivo esta posición estúpida. Cualquiera diría que mantenerse en semejante estado es fácil, pero se equivoca; para ello es necesario cierto grado de serenidad tonta, lo cual se consigue —naturalmente— naciendo estúpido, trayendo la imbecilidad en la sangre, es decir... no sé cómo explicarles.

Muchas veces he tratado de cambiar mi triste condición pero no me ha sido posible encontrar la forma de hacerlo. A lo mejor ja-

---

# cuentos

---

# de RENE

---

# VELASCO

---

más llegaré a lograrlo y acabaré por ser el mismo de siempre: un estúpido.

Y es que en definitiva me cuesta encontrar una justificación a todo este aspaviento inexplicable al que me veo sometido cotidianamente, en contra de mi voluntad y de la de todos los que en más de alguna ocasión me escupen con su mirada. He tratado de escudriñar en mi pasado y en ningún momento de mi vida creo haber ocasionado daños o malestares a nadie y, mucho menos, haber logrado acciones meritisimas que pudieran ser —en todo caso— la causa de esta habitual e incómoda actitud.

Ustedes comprenderán lo tedioso que es pasarse una vida entera en estas circunstancias. Siempre en vigilia. Mordiéndolo polvo en los veranos y desafiando a la lluvia en los inviernos. Retando al sol en días brillantísimos y observando la quietud de las noches oscuras. Una vida de completa monotonía a pesar de las tardes alegres con niños que se divierten corriendo a mi alrededor.

Ayer —para no ir muy lejos— un niño

gordo de mejillas rosa lanzó contra mi cuerpo una piedra que no pude esquivar y que como consecuencia inmediata provocó una risa colectiva, semejante a los arpegios disonantes de una marcha militar de antaño. Todos rieron golosamente al grado de hacerme sentir indignación y cólera. Apreté la espada con furia pero logré dominarme hasta lo increíble. Consideré aquella injuria como una tontería de pequeñuelos inocentes. Me quedé callado. Inmóvil y frío. Tal como me pusieron en esta plaza pública hace cien años, con este gesto de libertador avergonzado, reflejando en el rostro una mueca estúpida.

## El Silencio y la Fuga

Las últimas gotas de lluvia caían ociosas después de varias horas de continua tormenta.

Eran las once de la noche. Beatriz abrió las ventanas de la sala y una fría brisa penetraba en la estancia. Luego encendió un cigarrillo; se acomodó en una butaca y dispuso leer la novela que había comprado por la tarde.

Roberto prepara los alimentos en la pequeña cocina del apartamento.

—¡La mesa está servida!

Sólo el silencio dialogaba con las espirales blancas que se disolvían caprichosamente.

—¡Si quieres comer puedes venir cuando gustes!

Sin obtener respuesta, Roberto comienza a cenar.

Los minutos caminaban con lentitud desesperante. El bullicio de la ciudad se alejaba imperceptiblemente y poco a poco el neón abandonaba las calles. Un sello de soledad y misterio caía al unísono con las gotas de lluvia que aún se desprendían de la noche.

—¡Deja ya ese libro y ven a comer, luego tendrás tiempo para seguir leyendo!

Beatriz buscaba mayor comodidad en la butaca. Las colillas se amontonaban en el cenicero de plata.

Roberto se levanta de la mesa y camina hacia el baño. Después de bostezar ligeramente, va al dormitorio y enciende la radio para escuchar las últimas noticias. Diríjese al closet. Toma la chaqueta marrón y el impermeable gris. Va a la sala y camina indeciso hacia la puerta.

—¿Quieres dar un paseo por la ciudad y comer en algún restaurante?

Sólo el suave paso de las páginas rasgaba de vez en cuando el silencio de la sala.

Al golpe seco y fuerte, Beatriz lanzó el libro por el piso y corrió hacia la puerta del apartamento gritando repetidas veces el

nombre de Roberto; pero entre aquellas húmedas y oscuras callejuelas, sólo el silencio respondió a sus palabras porque Roberto se había marchado hacia varios años.

## Pochito

Trabajo en esta oficina de Gobierno desde hace algún tiempo. Siempre he sido puntual, razón por la cual gozo de gran estimación por parte de mis superiores, quienes me guardan confianza en el desempeño de las labores.

En las mañanas, procuro llegar temprano y comienzo a trabajar antes que todos, lo cual me beneficia, porque cuando termino mis obligaciones ayudo a los compañeros y así paso entretenido durante el resto del día.

A pesar de los cincuenta años que llevo en esta oficina, jamás he tenido aumento de sueldo. La verdad es que ello no me preocupa, pues siendo soltero, y metódico en mi vida, puedo sostenerme con lo que gano, es más, hasta he ahorrado mensualmente una pequeña cantidad de dinero con la que pienso hacer un largo viaje, si es que el Jefe me concede quince días de licencia para el próximo año.

Todos me llaman cariñosamente "Pochito". Yo contesto con una sonrisa. Jamás se me ha cruzado por la mente averiguar el origen de ese nombre, pero imagino que no ha de significar nada malo, ya que si así fuera no lo dijeran con tanta naturalidad. Además, nunca dudo de la decencia de mis compañeros, por el contrario, creo que son personas respetables y por tanto los considero incapaces de ofenderme en lo mínimo.

Este día llegué más temprano que nunca y pude notar que mi escritorio no estaba en el lugar de costumbre. He preguntado el motivo, pero nadie me da razón de lo ocurrido. A lo mejor por disposiciones de la Jefatura se han verificado reformas en cuanto a la ubicación de los empleados, lo que me parece raro, ya que mi puesto debe estar a la entrada de la oficina, pues tengo que recibir cuantas personas vengan para la tramitación de sus asuntos y el lugar que han destinado para mí no es el adecuado para tales fines.

Además, veo que en mi sitio hay otro escritorio más nuevo y está ocupado por un joven que no me parece haber conocido antes. Es un muchacho ágil; atiende rápido a las personas y se desenvuelve como si tuviera gran experiencia en el empleo. Es tan eficiente, que en toda la mañana ha desarrollado su trabajo sin permitir que nadie recurra a mí para sus tramitaciones, lo que me ha hecho sentir aburrimiento y pena; pues si gano un salario tengo que justificarlo.

Pero en este sitio oscuro y frío en que me encuentro, difícilmente será advertido, y si no realizo alguna actividad es posible que la vejez logre vencerme y sean éstas las últimas palabras que diga mientras me desmorono lentamente.

# La Universidad

## Cuentistas Jóvenes de El Salvador

El cuento moderno de El Salvador surge con Francisco Gavidia en 1888. De una calidad extraordinaria son sus relatos *Agar* o *la Venganza de la Esclava*, *La Loba*, *El Códice Maya*, con los cuales da origen a esta forma literaria en el país, sin los tropiezos del lenguaje barroco ni la temática criollista de poca trascendencia. Gavidia se adelantó a su época en este aspecto, o dicho de otra manera, sus contemporáneos quedaron rezagados frente a las literaturas europeas del momento.

Después de Gavidia se manifestó un tipo de narración vernacular, a la cabeza de la cual hay prosistas ingeniosos, quienes no lograron la unidad ni la técnica que el género requiere. Es imposible ignorar en el proceso que ha seguido el cuento salvadoreño, la obra de Arturo Ambrogí (1874-1936), captador de las costumbres criollas y de morosa descripción del paisaje y del hombre del trópico; de Francisco Herrera Velado (1876-1944) T. P. Mechín, que escribió estampas y anécdotas de veta costumbrista e intención crítica al estado político-social del país; de Alberto Rivas Bonilla (1891) en cuyas narraciones, de ágil estilo, trazó gentes y situaciones muy propias de la vida salvadoreña, sin el abuso de localismos, tan característicos en los autores mencionados.

Gavidia, precursor de la cuentística salvadoreña, tanto por la estructura literaria como por el tema y lenguaje universales, halla resonancia treinta o cuarenta años más tarde. En el largo paréntesis, además de los *narradores* citados, encontramos a los *primeros cuentistas modernos* del país: Salarrué (que nació el 22 de octubre de 1899), cuya obra es la más importante dentro de la

materia, no sólo porque supera los límites del costumbrismo, sino porque logra verdaderas joyas psicológico-descriptivas dentro de la tendencia y arriba con éxito al cuento de factura universal; Napoleón Rodríguez Ruiz (1910) recoge temas nativos y los hace vibrar con sentido de protesta social; Manuel Aguilar Chávez (1913-1957), capta personajes suburbanos y recoge en instantáneas cinematográficas, la vida de los pueblos que se convierten, por fenómeno económico, en ciudades; José Jorge Laínez (1913-1962), quien obsesionado por el misterio de la muerte y del más allá, aporta soluciones oníricas llenas de realismo; José María Méndez (1917) y Hugo Lindo (1917), ambos plenamente realizados en la cuentística actual de mayor aliento.

Si Salarrué cubre, al igual que el extraño y solitario caso de Gavidia, todo un período, Méndez y Lindo son el inicio de una nueva y vigorosa vertiente en las letras de El Salvador.

En tal sentido, justo es reconocer principalmente los méritos de Hugo Lindo, introductor de las nuevas corrientes cuentísticas y el impulsador más entusiasta del género. Sus relatos, bien escritos, se alejan de lo vernacular, de lo costumbrista; sus piezas literarias alcanzan mayoría de edad. Personajes, asuntos y lenguaje responden a una exigencia que va más allá de la mera improvisación; en sus cuentos se encuentra al escritor culto, conocedor de realidades humanas más allá de la geografía. Hay que advertir que tanto los cuentos de José María Méndez como los de Lindo son expresión del suceso socio-cultural que se opera en El Salvador a partir de 1948.

La nueva generación de cuentistas que presenta *La Universidad* en este número, surgió en El Salvador el año 1950. Se trata de escritores con una visión diferente del hombre y del paisaje salvadoreños. Puede afirmarse que, ante la obra de Méndez y Lindo, el regionalismo comenzó a quedar atrás. El tema vernacular desaparece casi por completo. A la poetización del drama rural, Salarrué es el ejemplo característico de esta manera de ver y sentir la campiña, sucede la denuncia de un hecho, de una circunstancia social, la explotación del campesino por las clases terratenientes. A lo barroco, a lo pintoresco de la narrativa anterior, se impone el lenguaje directo del nuevo cuento, castellano-salvadoreño en su más viva esencia, incorporadora del habla nacional y la temática completamente urbana.

El problema, la situación del hombre de la ciudad, complejo, enigmático, acosado y torturado en sus múltiples facetas, desplaza al enredo pueblerino, a las habladurías de comadres y beatas, al típico truhán de la picaresca criolla. En el cuento nuevo de El Salvador se advierte, sin dificultad, la influencia de los mejores cultivadores en el ámbito hispanoamericano. En algunos casos, la presencia de Quiroga, Rulfo, Fuentes, Borges, Carpentier, Cortázar, Sábato, García Márquez, Vargas Llosa, es evidente. Por otra parte, señalamos la influencia de Bradbury, Sturgeon, Asimov y Lowekraft. Y ello nos parece bueno en una literatura que pretende despojarse de lo bayunco, lo provinciano, para afirmarse en lo universal, sin olvidar, por un momento, la necesidad de expresar lo auténticamente nacional. La fuerza expresiva que hay en los cuentos que publicamos refleja dominio de técnicas diversas y,

desde luego, grandes posibilidades para el género en El Salvador. Nótese cómo la fantaciencia ha encontrado, en autores como Menéndez Leal y Chávez Velasco, expresión acertada.

Dentro de esta nueva época, período más bien de las letras de El Salvador, cabe lugar preferente a Alvaro Menéndez Leal (1930), autor que ha sabido asimilar lo mejor de la literatura contemporánea y, con personal estilo, ha producido dos libros polémicos, verdaderamente sorprendentes. La traducción de sus cuentos al rumano, alemán, francés e inglés es todo un acontecimiento en la literatura centroamericana de hoy. Menéndez Leal, como suele firmar sus producciones literarias, es, probablemente, el mejor exponente del cuento nuevo en el momento actual de El Salvador.

Cuentistas de talento, con más de un libro inédito o publicado, son José Napoleón Rodríguez Ruiz (1931), Waldo Chávez Velasco (1932), Mercedes Durand (1933), Tirso Antonio López Canales (1933), Manlio Argueta (1935), José Roberto Cea (1939), Ricardo Castro Rivas (1938), Alfonso Quijada Urías (1941), Santiago Castellanos (1940), Ricardo Lindo (1947). Entre ellos Argueta y Cea cultivan con calidad la novela o cuento largo. Argueta es autor de la novela "El Valle de las Hamacas", con la cual obtuvo recientemente premio único centroamericano.

La inclusión de tres cuentos de Italo López Vallecillos (1932), autor de esta nota y Director de *La Universidad*, obedece a la idea, al propósito de completar el panorama de los jóvenes cuentistas salvadoreños en pleno trabajo creador.

Adquiera esta publicación en puestos de revistas y librerías de El Salvador

rado al pueblo para su nuevo destino. La labor preparatoria del intelectual, su faena de esclarecimiento, se convierte así, indirectamente, en un acrecentamiento de la seguridad para el hombre de acción. Si en una etapa previa, el intelectual logra que buena parte de la opinión pública pierda el miedo de la terminología revolucionaria y se sobreponga a ese pánico que le fue pacientemente inculcado por la prensa, la radio y la televisión de signo capitalista; si el intelectual tiene éxito en esa tarea, aumentarán considerablemente las posibilidades de que el hombre de acción encuentre apoyo popular precisamente en el momento en que ese apoyo puede decidir la suerte de la revolución.

Es fácil estar de acuerdo, por ejemplo, en que el indio es un elemento indispensable en la lucha por la liberación, pero si se considera que hay un crecido porcentaje de población india latinoamericana que no habla ni entiende español, se comprenderá fácilmente que tal incomunicación puede ser un tremendo obstáculo para el hombre de acción que irrumpe, más o menos desprevenido, en ese medio. Aunque parezca obvio, creo que vale la pena destacar la decisiva importancia que tendría, a los fines revolucionarios, el aporte de intelectuales (antropólogos, lingüistas, etnólogos) capaces de familiarizar al hombre de acción, en este caso el posible guerrillero, con la lengua y las costumbres del indio. En un sentido limitado del término, no se trata propiamente de una acción, ni siquiera de un riesgo menor, sino simplemente de impartir enseñanzas. Sin embargo, esa tarea (que puede parecer escasamente comprometida) se convierte en un factor fundamental como sostén de la acción revolucionaria; más aún, en una garantía de eficiencia, tan indispensable como el perfecto funcionamiento de los fusiles.

Pocas veces el intelectual tiene la ocasión de ser un héroe (incluso

se ha dado el caso de artistas que por un mero azar han desembocado en el martirologio) pero conviene aclarar que si bien es un gran privilegio cívico llegar a ser un héroe, el no llegar a serlo no constituye obligatoriamente una vergüenza. Es comprensible que el hombre de acción a veces se impacienta, y que, por su misma vocación dinámica, tienda a simplificar las características del intelectual, o, en el peor de los casos, a inventar un falso intelectual, un burdo fantoche, al que sea más fácil poner en ridículo. Lo que no es admisible es que el intelectual acceda a esa simplificación. "No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial", nos alertó el comandante Guevara y ello de ningún modo contradice la conocida frase de Fidel, en sus Palabras a los intelectuales: "Dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada". La indocilidad del intelectual cabe perfectamente dentro de la revolución; más aún, la enriquece, la hace más viva, más sensible, más creadora. El intelectual verdaderamente revolucionario nunca podrá convertirse en un simple amanuense del hombre de acción; y si se convierte, estará en realidad traicionando la revolución, ya que su misión natural dentro de la misma es ser algo así como su conciencia vigilante, su imaginativo intérprete, su crítico proveedor. Es frecuente que el intelectual, aun el más contemplativo, lleve en sí mismo un tenso hombre de acción; no es menos frecuente que el hombre de acción, aun en el más decidido, cobije en sí a un tímido intelectual. Semejante dualidad hace más conflictivas y difíciles estas relaciones; lo más saludable sería tal vez que uno y otro la admitieran francamente de modo que esa doble cualidad no representara una frustración sino un enriquecimiento, gracias al cual pudieran asumir íntegramente la responsabilidad que signa sus respectivas funciones dentro de la sociedad. Para usar un delicioso y sugerente término cubano, yo diría que el hombre de acción debe ser el abrecaminos del intelectual, y viceversa. O sea que, en el aspecto dinámico de la revolución, el hombre de acción sea una vanguardia para el intelectual, y en el plano del arte, del pensamiento, de la investigación científica, el intelectual sea una vanguardia para el hombre de acción.

## Un Prosema de

# Mejía Sanchez

## SOLO FLORA

*Me parece a mí que todavía está el sol más alto que los montes y que todavía no se ha puesto. Y además sé que otros la han bebido ya muy tarde después de recibir la orden, luego de cenar y de beber y aún de gozar de alguien que acaso les gustaba. No tengas prisa, que aún hay tiempo.—Platón, Fedón, 116 a.*

Años 52, 53, en Madrid, tuve en mis manos una revista, llamada **La Tertulia**. No sé cuántos números fueron, pero creo no más de tres o menos que cinco. Estaba en moda entonces hablar de la comunicación y el diálogo, quizá fingiendo aquello que de la discusión nace la luz. Imaginé una portada decimonónica, con orla y todo, que cambiaría de color según las estaciones. Invierno, rojo; primavera, verde; estío, amarillo; otoño, violeta. Nada de correspondances o de voyelles, pura casualidad. Y la viñeta ornamentosa, un grabado, madera o litografía, de los que compraba sin más pesetas en El Rastro. La elegida resultó anónima, sin nombre de pila o de autor alguno o conocido, pero muy decorativa para el caso, con finos ramos y hojas y flores menudas, que era un primor, ejecutado por nada torpe artista. No pudimos saber su nombre, por más que consultamos enciclopedias y peregrinamos a lo largo del Botánico. Sin embargo nos arriesgamos, así porque sí. Al salir el primer número, Moñino, que lo sabe todo o casi todo, me dijo: La portada es muy romántica, pero no me lo

imaginaba a usted tan clásico. Ha usado la socrática cicuta en una revista dialogal. Como se ve, el azar tiene muchas veces la razón.

*En muchas cercas de vallados crecía la linda enredadera Antigonon leptopus, con festones de flores encarnadas y rosadas. Las muchachas indias y mestizas se la enlazan al pelo y la llaman la vigesima. Thomas Belt, The Naturalist in Nicaragua. Londres, 1874.*

La Bellísima, que Thomas Belt vio en 1870 adornando la cabeza de unas muchachas de Jinotega, la encuentro descrita, dibujada y pintada por Helen O'Gorman, con tan precisa maestría que guardo silencio: Bellísima, Fúlmina, Corona de la Reina, Flor de San Miguel, Cuamecate, Rosa de Mayo, Flor de San Diego, Coralillo, Bejuco de Colación, Vid Confederada, Cadena de Amor. Esta planta tropical, trepadora de zarzillo, es originaria de Chihuahua y del Sur de Baja California, hasta Oaxaca (tipo de la costa occidental); se cultiva con frecuencia no sólo en México sino en muchas otras regiones, siendo muy común en Florida (Vid Confederada). Es una vid grande, aunque delgada, que sube a la cima de los árboles más altos y pasa sobre los arbustos bajos. Los racimos de flores sirven de zarzillos para sostener la planta y se acortan doblándose en forma de zig-zag en las articulaciones. Las flores de color rosado vivo parecen pequeños corazones, colgantes de cadenas bastante angulares. Crecen en masas plumosas muy vistosas y no tienen pétalos; la parte coloreada de la flor es el cáliz; éste es de cinco sépalos que semejan pétalos y brotan desde principios de primavera hasta finales de otoño. La **Antigonon** es una especie de flor blanco-verdosa o amarillenta; se encuentra desde Jalisco hasta Oaxaca. Otra variedad se da en Veracruz, Oaxaca y Chiapas (tipo Jalapa). La palabra **Antigonon** es griega y alude a su carácter anguloso. Yo tengo en un rincón del alma a La Bellísima.



**"REPERTORIO.—La Nueva Poesía Centroamericana.—Director Sergio Ramírez.—Editada por el Consejo Superior Universitario Centroamericano.—Nº 12.—Edición Trimestral: Diciembre/enero/febrero.—El Salvador.—64 páginas.—Tamaño: Cuaderno.—5.000 ejemplares.—Editorial Universitaria.**

En este número de Repertorio, los editores —un conjunto de intelectuales de los países centroamericanos: ERNESTO GU-TIERREZ (Nicaragua). GUILLERMO PUTZEYS (Guatemala). HETZER GONZALEZ (Costa Rica). OSCAR ACOSTA (Honduras). ITALO LOPEZ VALLECILLOS (El Salvador) e ISAIAS GARCIA APONTE (Panamá)—, han reunido una pequeña muestra de la moderna poesía centroamericana. Una verdadera antología poética, en la que se aglutina la expresión poética centroamericana de hoy, según se afirma en su página introductiva, y se confirma al leer la revista, que es un verdadero tesoro poético, si tenemos en cuenta que por la distancia y la poca comunicación, casi nada sabemos de esos valientes y vigorosos países centroamericanos.

Grata impresión ha causado la calidad de los poemas, pues, notamos una poesía activa, en movimiento, subversiva, revolucionaria, de protesta, social, que clama por justicia; al mismo tiempo, que no pierde su sabor regional, fresca y tropical. Llama la atención la nueva sensibilidad de la poesía centroamericana, a tono con la temática universal, pese a excluir en sus versos el material mítico, de que no podemos escaparnos los países de ancestro indígena y autóctono.

Difícil sintetizar en este comentario la monumental obra de este número 12 de Repertorio, y menos analizar las composiciones poéticas de los líridas de las seis repúblicas centroamericanas. Sin embargo, es importante saber que en esta antología figuran cincuenta y dos poetas, con un total de ciento trece poesías, de literatos cuyas edades fluctúan entre 1930 y la actualidad, es decir, menos de cuarenta años.

Poemas dolidos, angustiosos y tiernos, como "Vámonos Patria a Caminar", de Otto René Castillo (1936-1967), que dice: Para que los pasos no me lloren, para que las palabras no me sangren:/canto.// Para que nadie diga: ¡tierra mía!/ con toda la decisión de la nostalgia:/canto.// Ay patria/ a los coroneles que originan tus muros/ tenemos que arrancarlos de raíces,/colgarlos en un árbol de rocío agudo,/violento de cóleras el pueblo./Por ello pido que caminemos juntos. Siempre/con los campesinos agrarios/y los obreros sindicales,/con el que tenga un corazón para quererte./ Vámonos patria a caminar, yo te acompaño/. Este poeta guatemalteco murió en 1967, a los 31 años de edad.

Poemas de hondo sentimiento revolucionario, que refleja los sentimientos de los pueblos centroamericanos, como aquel del poeta Alvaro Menén Desleal (1930), de El Salvador, que dice en "La Hora de masticar la piedra": Llegó la hora/ de masticar la piedra.//Afila tu apetito, que/ahora y en la hora/sólo tendrás granito.//Ya el panadero/dora/ la roca: dale las gracias/ y abre la boca/. Si quieres, llora:/pero mastica,/que ya es la hora/¡Ni sal ni leche/para tu sed de grito:/las grandes lajas/levantarán un dolmen/hasta que estés ahito.//

La ausencia, la soledad, la tristeza, la melancolía, también es sentida por el poeta centroamericano, como nos lo demuestra David Moya Pozas (1930), de Honduras, que en su "Poema de la Ausencia", canta. Estoy lejos de tí, con el castigo/ de verte renacer a cada instante./Pues siento que entre más y más distante/ estás, con más amor vives conmigo.// Aún viviendo sin tí vivo contigo. Te llevo como lágrima constante.// Y si pretendo huir de tu agobiante/recuerdo, sin quererlo lo persigo.//Inútil ya lo sé que es todo intento/ y aunque sienta la forma como siento / que vives reviviendo lo vivido.// Sé que al perderte a ti lo pierdo. / Si trato de olvidarme del recuerdo/ comienzo a recordarme del olvido.// Delicado soneto de gran carga sentimental.

El mundo de hoy, con sus problemas de diversa índole, preocupan, también al lírida centroamericano de hoy, como nos lo dice Ernesto Cardenal (1925), de Nicaragua, quien en sus "Salmos" afirma: Bienaventurado el hombre que no sigue las consignas del Partido / ni asiste a sus mítines / ni se sienta en la mesa con los gangsters / ni con los Generales en el Consejo de Guerra. // Bienaventurado el hombre que no espía a su hermano / ni delata a su compañero de colegio // Bienaventurado el hombre que no lee los anuncios comerciales/ ni escucha sus radios / ni cree en sus slogans. / Será como un árbol plantado junto a una fuente. // Librame Señor de la S.S., de la NKVD, de la FBI, de la G.N. / librame de los consejos de guerra / de la rabia de sus jueces y su guardia.//

La metafísica y los problemas de la vida y la muerte, también están presentes en esta antología. Germán Salas (1938), de Costa Rica, así nos lo demuestra en su poema VIII, cuando dice ¿Y si la eternidad sólo fuese / un delirio perenne de los ojos? / ¿Y Dios la niebla / que les impidiese despertar? / Si fuese cierto, / no cesaría de trabajar / en el corazón de los hombres. / y al final. . . / esperando me iría, esperando, / —no la eternidad— / sino a un niño, / con un pañuelo al aire.//

Panamá, con su poeta José de Jesús Martínez (1930), nos brinda una modalidad poética muy en boga —elogiada por unos; criticada por otros. Pero aceptada por todos— en que muestra su indignación y su protesta por la situación en que se encuentra su pueblo. Dice en su "Tomo asiento en la Tierra": One way. Alto. Luz verde, sigue, / dobla a la derecha. / Cásate. / Ama a tus hijos. / Poncha / el reloj de la oficina. Stop, piensa / que eres polvo y al polvo / regresarás. Ahora sigue, / dobla a la izquierda, ahí, acuéstate. / De esa mujer no te enamores. Toma / Coca-Cola. For allá no hay salida. / Más despacio, 50 millas. . . / Entonces hazte a un lado. Apaga el motor / y muérete // Entonces, recto. Sigue la flecha. Llorra / Cuidado, curva peligrosa. / Sacude a esa mujer antes de usarla. / Veneno. Tilt. Salida de emergencia. / Hombres. Men. Hále la cadena. / María es una p. . .//

Como el propósito de la revista es ofrecer una imagen viva de los 6 países centroamericanos a los demás países del mundo, el valor de la revista es de 0.50 de dólar, pudiendo pedirse al Apartado 37 de Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio", San José de Costa Rica.

(Tomado de El Tiempo, Piura, marzo, 1969)

# Repertorio

Gran Revista

Centroamericana

Por MIGUEL A. BARILLAS V.

# LA pájara pinta

## RECOMIENDA

### CODICE LIBERADO

Por Alberto Orellana Ramírez.

Hemos leído detenidamente este libro, que es una selección de *Todo el Códice*. Pero diríamos que más que eso, es un joyero con saumerios de ruda, albahaca y allucema.

José Roberto Cea, ha realizado con maestría la traslación metafórica de las costumbres de un pueblo ancestral, para muchos de nosotros desconocido. Se ha introducido en los misterios de la Juana Torres, el Chicho Cuadra, Quirino Vega, y nos da a conocer el conjuro de cruces de ceniza de "Alias el Cheje".

Pero hay algo que nos llama sobremanera la atención, y son las piedras. Las piedras juegan un papel de primer orden en el ritual. Esto no es extraño, pues en casi todos los pueblos primitivos eran objeto de rituales, lo mismo ocurre en Izalco, como en Jalponga, cantón de Tecoluca, jurisdicción de San Vicente, donde la piedra "León de Piedra" era objeto de veneración y temor de los campesinos del lugar. Pero eso no sucede sólo en El Salvador, sino también en pueblos como el griego, según los poemas del premio Nobel Jorge Seferis.

En las Bodas del Sol y de la Tierra leemos:

"La luna recibía gorrones  
(inmigrantes,  
la lluvia dejaba la altura,  
la sabia inmemorial de las edades,  
se encontraba en las piedras".

Pero no es sólo eso, el poeta da acción y movimiento a las piedras y las desplaza como masa con vida:

"La luz se medía con ocote.  
Las estrellas se encendían con  
(luciérnagas.  
Se les puso alas a las piedras, y  
(pájaros a los besos".

Más adelante en la Invocación de la Ciudad Perdida, las piedras se humanizan, sienten la alegría y las tristezas de los hombres:

"Y lloro, lloro con los ojos  
(anegados de piedras.  
Piedras mentidas, sí, pero son  
(piedras...".

El mismo poema nos remite a la música, también al dolor al conflicto, como ya señalamos, cuando nos dice:

"Subterránea Ciudad, déjame ha-  
(llar el rito,  
el fuego hecho de piedras, el mo-  
(saico de plumas".

Y finalmente en la Memoria de un Vecino, sus versos nos llevan a una conjunción de la fuerza humana y lo sobrenatural:

"Que no me venga el aire con  
(sus cuentos.  
Ya sé lo que me trae. Lo que  
(puede traerme...  
Un pedazo de estrella caído entre  
(las piedras".

Bastan las citas arriba apuntadas para ver lo que antes dijimos, que en el "Códice Liberado", la piedra es un elemento primordial en la realización de la obra. En este libro encontramos toda una teogonía, donde el fuego, los dioses, los brujos, la ruda y la albahaca forman un todo.

Creemos que el *Códice Liberado* es uno de los mejores libros escritos, donde el poeta alcanza su plenitud.

San Salvador, junio de 1969.

### GERARDO BARRIOS y su Tiempo

ITALO LOPEZ VALLECILLOS — Gerardo Barrios y su Tiempo. Segundo Premio República de El Salvador. Certamen Nacional de Cultura 1965. Dos tomos.

Por Francisco Pérez Estrada.

Este magnífico libro mereció sin duda el premio que se le otorgó en el certamen cultural República de El Salvador. Sin embargo, tiene una notable laguna histórica en el período de la Guerra Nacional de Nicaragua y en la actitud de los nicaragüenses que defendieron la soberanía nacional y centroamericana.

El gran acierto de este libro es haber trazado el ambiente social y político en que le tocó actuar a Barrios. Es posible que la figura de Barrios no alcance relieve de primer plano, acostumbrado en las biografías, pero precisamente en dar la dimensión correspondiente a la persona dentro del marco histórico y geográfico de su época, es precisar al personaje. Además, es tan objetivo López Vallecillos en lo que a Barrios se refiere que parece un fotógrafo y no el acostumbrado intérprete del género biográfico.

En la descripción del paisaje económico, el autor no puede ser más justo cuando dice: "Los medios de producción en manos de los grandes terratenientes, se hallaban estancados desde la época colonial. La tierra mal explotada, empobrecida y en pocas manos, apenas si daba para sostener los lujos de nobletes y privilegiados. El campesino 85% de la población vivía en condiciones de servidumbre, bien en los del terraje, bien en los de la hacienda, el artesano de las ciudades era pobre, mínimo; inquieto sí, pero determinado por los oligarcas y medianos terratenientes".

Otro dato de gran interés para la Historia Económica de Centroamérica da López Vallecillos en este magnífico párrafo: "Las utilidades de la cochinita, el algodón, el añil crearon en Centroamérica, donde la propiedad observaba un carácter aristocrático y feudal, los primeros elementos del capital comercial y bancario. Se comenzó a formar una burguesía, confundida y enlazada en su origen y estructura con la aristocracia, formada principalmente por los sucesores de los encomenderos y terratenientes de la colo-

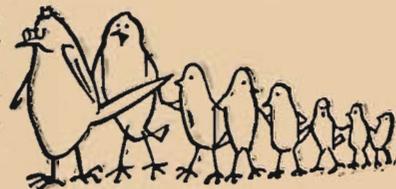
nia, pero obligada por su formación a adoptar los principios fundamentales de la economía y política liberales".

Desde esta situación y de acuerdo a sus intereses se mueven las tendencias políticas, los caudillos como Morazán, Barrios y Carrera, actuando en el marco centroamericano, así como las clases de agricultores y artesanos, en cada país del istmo.

La gran narración histórica que es "Gerardo Barrios y su tiempo" induce a leerlo con avidez, porque es realmente ameno y con prudentes pero certeras reflexiones sociológicas. Pero como dijimos al principio, padece de una gran laguna incomprensible: no tomó en cuenta la actitud de los patriotas nicaragüenses que tan valientemente defendieron la dignidad de su patria y de Centroamérica. Ello es tanto más notable, cuanto que reconoce y exalta la participación de todos los ejércitos y militares centroamericanos, y sobre todo al Presidente Mora y al Ejército Costarricense.

López Vallecillos tuvo en sus manos los datos históricos que acreditan a los nicaragüenses como valientes y patriotas. Sabe y debe de saber que hubo un José Dolores Estrada, un Fernando Chamorro y muchos otros, que lucharon contra los filibusteros y los derrotaron en los combates definitivos de cinco y catorce de septiembre. A mayor abundamiento de razones, el Gobierno Salvadoreño dio un decreto condecorando a distinguidos nicaragüenses que demostraron un supremo heroísmo y gran dignidad patriótica en nuestras fechas nacionales.

(Tomado de Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano, Vol. XX, N° 97, octubre, 1968).



### LA PAJARA PINTA

#### RESPONSABLES

Italo López Vallecillos  
Manlio Argueta  
Alfonso Quijada Urrías  
José Roberto Cea

Imprenta Universitaria 5a. Calle Dte.  
220, San Salvador, El Salvador, S. A.

## LA TRAMPA

tú y yo en la trampa

una trampa compuesta de labios cabellos  
saliva repulsión sexo y mucha carne dotada de pseudópodos  
una trampa donde tú y yo somos la red la tarántula  
la víctima misma ambos nos devoramos recíprocamente  
cada cual a su modo  
pero siempre intercambiando algo que constituye  
la esencia misma de nuestras vidas de epitafio  
la captura se produce a veces en lugares  
inverosímiles inútiles al pan

y a los recuerdos  
una pareja de gatitos jugando con la cola de su madre

ambos hemos sido cortados con la misma tijera  
a veces eres dulce como una almendra pero sabes  
que eso no basta muchas veces nuestros cuerpos  
son los primeros en aullarlo diariamente  
nos tienden esta trampa estamos complicados en el mismo asesinato  
y el veredicto es siempre condenatorio  
es imposible falsear  
como un cheque nuestra manera inconfundible de mirar  
a orillas de nuestros labios con ese gesto vaginal que  
te distingue del resto de las vestales y yo  
anunciando mi Dolmen Sagrado con la alegría de siempre  
estamos en la trampa y nadie nos puede invocar  
sin dividírnos

dentro de unos minutos hemos de salir  
a comer un pan con pavo donde siempre caminaremos  
vigilaremos sin ojos los reflejos de asfalto las vitrinas  
de los almacenes de la calle Arce hasta muy entrada la noche  
y regresaremos a nuestra pequeña caja de cartón con adornos  
simples adornos navideños  
en la forma misma de tus márgenes  
y como un río  
la trampa se volverá a inundar de alegría seminal  
como todas las noches:

¿Cómo te verás embarazada? Señor Ubú o Doña Catana  
derramando miel por los costados y un feto que te  
llamará a pataditas limpias a chillidos de murciélago  
atrapado en un túnel

no quiero agujerear la distancia que vuelas cotidianamente  
de la trampa a la oficina  
a la noche

a las amistades maltrechas  
con el resto de tu fiera momificada y te carcomes  
las entrañas con la misma ira con que te rindes a mis

caricias cercanas a la sustancia de nuestro pequeño infierno  
muy mal asunto no pierdas la calma ambos respiramos  
[inconfesables]  
deseos escucha los consejos de estos dedos que conocen  
la aridez excitante de tu boca subterránea

y silenciosa  
ya sabes tú que todo esto no es más que un Gran Circo  
montado quien sabe por orden de quien y para qué diablos.

## UNA REALIDAD DISLOCADA DE TU PRESENCIA

Hemos cerrado por cierto tiempo nuestra taberna  
agitada de ternura y pequeños gusanos  
portadores de esa esencia indiscutible parecida al fuego.  
Tenemos la misma sed dislocada  
y el aire propicia mi sudor sobre tu ausencia  
y me voy volviendo para adentro —una misantropía propia del  
tiempo y los sucesos —todo esto es casi  
la Comedia de la Sed de Jean Arthur y posiblemente  
antes de lanzar esta bigamia grotesca sobre el tapete  
amargo de las cosas puede que seas o a lo mejor eres  
“tan loca, Hidra íntima sin fauces que aflige y consume”.

Mis cosas están prácticamente muertas sin tu manera esencial  
de prolongar toda clase de vivencias y ampararme  
—hoy me siento desamparado— bajo esa casa de barro  
que es tu cuerpo en las noches frías.

No tengo en que beber ni quiero ir con los amigos y  
mañana será otro día igual a esta especie de eucalipto  
que me ciega  
que me hace más parecido  
a una bestia domesticada en extremo, presa  
en la jaula lejana de tus labios-senos, tu violeta  
húmeda diluida en sueños y alegrías. En el aire  
se respira ese jaque-mate a mis potencias sensoriales  
cuando tú estás tan lejos de la mesa  
en que comíamos un poco después de amarnos.

Mauricio Marquina, salvadoreño. Nació en el Departamento de San Miguel, zona Oriental, en 1946. Pertenece a la “novísima” promoción de escritores salvadoreños. Inédito, próximo a publicarse, tiene el libro *Obscenidades para hacer en casa*. También está escribiendo novela.

